



CLARK, Christopher, *Revolutionary spring. Europe aflame and the fight for a New World, 1848-1849*, Mississauga, Ontario (Canadá), Crown Trade Paperback Edition, 2024, 873 pp.



Reseñar la colosal obra de Christopher Clark (catedrático de Historia Europea Moderna en la Universidad de Cambridge, donde fue reconocido, desde 2014, como Regius Professor de Historia) ha sido un gran desafío: condensar 873 páginas en unas pocas es una empresa compleja. Sobre todo, si tomamos en cuenta la cantidad amplísima de temas abordados en el libro. En consecuencia, esta reseña tendrá que abandonar la lógica narrativa de pormenorizar cada uno de los capítulos. Para solucionar el tener que dejar fuera información importante, propongo, metodológicamente, perseguir los hilos conductores de *Revolutionary spring. Europe aflame and the fight for a new world, 1848-1849*. Expondré también las tesis de Clark, sus hallazgos más significativos y la manera en que debate con la historiografía clásica de las revoluciones de 1848.

Hay un problema llamativo desde el nombre mismo: la edición que poseo, publicada por Crown Books, división de Penguin Random House, lleva por subtítulo “Europe aflame and the fight for a New World, 1848-1849”; empero, impresiones posteriores (efectuadas por Allen Lane, subsidiaria también de Penguin, y que inspiraron la traducción al español de Galaxia Gutenberg) lo renombraron “Fighting for a New World, 1848-1849”. El cambio, lejos de ser anecdótico, resulta sustancial: con un subtítulo, entendemos que Europa tuvo que incendiarse para permitir luchas por un nuevo mundo (más metafórico, por la condición de posibilidad futura); con el otro subtítulo no hay un detonante del conflicto, y pareciera enfocarse en una lucha material de la inmediatez. Pese a que, en efecto, la

instantaneidad es un componente fundamental de todo brote revolucionario (tal lo demostrado, recientemente, por Humberto Beck en *Insurrección, anarquía y revolución: una anatomía política del instante*, de 2025), este no tiene motivos para manifestar efectos inmediatos. Y a mi entender, una de las pautas metodológicas de Clark es que las Revoluciones de 1848-1849 (también conocidas como “primavera de los pueblos”, de ahí el título) tuvieron consecuencias de larga duración, que cambiaron el mundo para siempre. Por ello, el autor añade el año de 1849, no quedándose sólo con el de 1848, más famoso y atendido por los historiadores, lo que le permite incorporar la segunda oleada revolucionaria, acaecida en Italia.

Me decanto, por parecerme más ilustrativo de la intención del autor, por la edición que incluye “Europe aflame”, no porque se trate de una historia eurocentrista (aunque es cierto que la mayor parte del libro se ambienta en Europa occidental), sino porque las barricadas parisinas que, abruptamente, inspiraron rebeliones por todo el continente, fueron la chispa para que nacieran ideas de nuevas formas de organización en las doctrinas conservadoras, liberales, republicanas y socialistas (además de influir en insurgencias caribeñas y latinoamericanas). Aprovechando esta pequeña, pero necesaria, polémica por el título del libro, quisiera retomar el problema de la duración. Historiográficamente (desde Marx hasta Hobsbawm), se ha demeritado a la primavera de los pueblos por permitir el advenimiento de Luis Napoleón Bonaparte, y por no conseguir un avance significativo en la cuestión social. Para Clark esto es una falacia que, reiteradamente, intenta refutar: las revoluciones de 1848-1849 (nos señala desde la primera página), fueron las únicas de carácter continental; y la convulsión europea alcanzó dimensiones globales, que no se volvieron a ver hasta la Gran Guerra, más de seis décadas después. Además, el elenco de actores que participaron en ella (dentro de cualquier bando) no fue replicado jamás.

Clark sostiene que las revoluciones del medio siglo decimonónico no fueron un fracaso: mediante cambios constitucionales, las localidades modificaron su forma de legislar; y en un espectro más amplio, Europa misma se transmutó para siempre, ya que tras la represión acaeció una renovación gubernamental en todo el continente. Y, quizá más importante, en el seno de las revoluciones, las ideologías socialistas, democráticas, liberales, nacionalistas, corporativistas y conservadoras se fusionaron y

colisionaron. Así, nacieron imbricaciones extrañas, como el socialismo cristiano de Lamennais, o la radicalización de algunos discursos (Guy Thomson en el prólogo de *The European revolutions of 1848 and the Americas* (2002) refiere que, a raíz de la primavera de los pueblos, el liberalismo se volvió más agresivo y el conservadurismo más virulento).

El autor argumenta que ciertas interrogantes que se hacían los insurgentes, como ¿qué ocurre cuando las demandas de libertad política chocan con las demandas por derechos sociales?, siguen vigentes, hoy en día. Y motivos de lucha en 1848-1849, entre los que se destacan la desigualdad social, la pobreza, la precarización del trabajo y la libertad de cultos son, en la actualidad, problemáticas que todavía buscamos solucionar. Y todo ello fue incrustado al debate político gracias a las revoluciones. Es decir, la primavera de los pueblos no se agotó al 18 Brumario, sino que legó a la posteridad una serie de cuestiones que aún nos ocupan. Incluso, señala Clark, la Iglesia Católica, tal como la conocemos actualmente, es hija de las revoluciones (por toda la aventura vivida por Pío IX a su escape de Roma, con la llegada de los insurgentes italianos, y las posteriores reformas eclesíásticas).

Aunque el autor no propone una metodología concreta, ni adscribe su historia a alguna ramificación de la disciplina (social, cultura, política, económica, etcétera), se puede considerar a *Revolutionary spring* una suerte de historia secuencial presentada a manera de rompecabezas. En consecuencia, ningún capítulo es enteramente independiente de los anteriores o posteriores, ya que abonan los cimientos sobre los que se construye el siguiente. Y, aunque los primeros capítulos parecen estar lejanos del interés primordial del libro (las revoluciones), al final resultan piezas necesarias para entender el desarrollo de los acontecimientos. Porque, en efecto, la primavera de los pueblos fue una revolución de múltiples tonalidades y abierta en muchos frentes.

Por lo anterior, Clark utiliza los tres primeros capítulos para esbozar diferentes rutas interpretativas del por qué de la revolución. Por un lado, atiende la cuestión socioeconómica: toda la serie de desventuras, hambrunas y condiciones deplorables en que vivían los europeos, antes de 1848. A continuación, analiza los lenguajes políticos que se entonaron en un horizonte complejo: las ideologías eran amorfas y cambiantes, por lo que

no hubo una doctrina revolucionaria, sino una gran cantidad de discursos que se intentaban ganar el favor de las masas, con promesas de mejorar las condiciones materiales de la vida. El tercer capítulo se centra en los actores políticos y la confrontación social: aquí se repasan desde las andanzas de Blanqui, revolucionario por antonomasia, hasta los espacios de convivencia y sociabilidad que conglomeraban a los trabajadores. Así, el autor nos ofrece un panorama más amplio de las causas revolucionarias: un enmarañado proceso de protesta contra la desigualdad, con un mixtión ideológico influido por el activismo de ciertas figuras representativas.

La siguiente triada de capítulos recrea el mundo constitucional, para entender los cambios legislativos promovidos por los rebeldes. Empero, uno de los capítulos mejor logrados, es el sexto, en el que se pormenoriza la desigualdad fuera del ámbito laboral: Clark nos presenta una Europa donde la esclavitud aun era bien vista, en la que las mujeres padecían opresiones políticas y económicas, además de la patriarcal. Las revoluciones rompieron todos los sistemas de dominación vigentes, y permitieron ganar emancipaciones para los más lastimados por el capitalismo industrial. En el Caribe francés, Martinica se insurreccionó, para abolir el sistema esclavista; en París y las principales ciudades europeas, las mujeres tomaron activa participación de las luchas: defendieron sus derechos desde la imprenta, mediante la escritura de periódicos, hasta la barricada, apuntando sus fusiles contra las fuerzas contrarrevolucionarias.

Los últimos dos capítulos aterrizan en la Revolución, ya plenamente constituida, y centran su atención en las especificidades de la insurgencia, atando los hilos conductores de las causas revolucionarias. En específico, el séptimo capítulo titulado «Entropía», versa sobre cómo todo el caos y la dispersión práctica e ideológica convergieron en las denominadas “Jornadas de junio”: el momento en que los trabajadores parisinos se amotinaron contra la intención gubernamental de cerrar los Talleres Nacionales (una medida adoptada a inicios de la Revolución, para atender la cuestión social y el desempleo masivo de obreros). En ese momento, comenzó a cimentarse un miedo generalizado sobre la izquierda, por el temor de que el socialismo desatara una insurrección. 40 mil insurgentes tomaron las armas y prestaron dura resistencia a la represión, encabezada por el general Cavaignac, antaño veterano de la Guerra de Argelia. Clark sugiere, a inversa de Marx, no

considerar a las Jornadas de junio como una lucha de clases, porque los dos bandos en disputa hicieron leva entre el mismo sector poblacional: los pobres. En concordancia con la interpretación de George Sand, el autor considera que se trató de un conflicto entre dos facciones del mismo pueblo. De junio, a largo plazo, las empresas liberales, democráticas, socialistas y nacionalistas, aprendieron a construir futuros brillantes o terribles. Es decir, la experiencia legó a los ideólogos el material necesario para asumir posturas en torno a la revolución: ya fuera la creencia de que se podía constituir un mundo diferente mediante la insurgencia o que las amenazas se podían barrer con la contrarrevolución.

La represión devino en una purga izquierdista, ya que, además de los muertos en las barricadas, los principales referentes teóricos del socialismo fueron encarcelados o exiliados. Nuevamente Clark interpela la interpretación marxista: la contrarrevolución no fue la movilización (sin conciencia de clase) de campesinos y lumpemproletariado en favor de Luis Napoleón, sino una paulatina reivindicación del primer Napoleón por considerar que, tras las masacres, era necesario restaurar el orden. Mientras en Francia acaecía el 18 Brumario, en Italia se vivió una segunda ola de revoluciones que colapsaron la soberanía papal. En Roma revivió la revolución, en manos de la República Italiana y de sus prominentes impulsores: Mazzini y Garibaldi. Allí se decretó una constitución más radical que en el resto de Europa: se abolió la inquisición, se puso fin al monopolio clerical en la educación, se destruyó la censura papal y se le quitó el monopolio de la justicia a los tribunales eclesiásticos. Por el pánico de estas reformas, el liberalismo gravitó a la derecha y hubo una temporal alianza con los conservadores, para frenar la expansión socialista.

Para el final de la obra, Clark reflexiona que las revoluciones remodelaron la geopolítica europea: la contrarrevolución cruzó fronteras y motivó desplazamientos masivos. Con el movimiento represivo nació la «diáspora revolucionaria»: una migración de personas e ideas, por el mundo que, huyendo de la persecución, llevaron el socialismo y el liberalismo radical a otras latitudes. El conservadurismo adoptó posiciones más enérgicas contra la izquierda; a su vez, socialismos radicales como el anarquismo proyectaron ideales más hostiles respecto al Estado. La literatura mundial tuvo particular sensibilidad por las revoluciones y en Estados Unidos nacieron debates en

torno a la primavera de los pueblos. El autor concluye que, tras la caída de la República Italiana, todo había cambiado y se creó el aparato de política representativa moderna: parlamentos, partidos, campañas electorales y arduas polémicas en la prensa fueron parte de los resultados. Las ciudades también se modificaron: París, Viena, Berlín y Madrid construyeron grandes avenidas en los antiguos barrios populares, para evitar la edificación de barricadas en futuros motines.

En un análisis conceptual, Clark identifica que a partir de 1848 se transformó la textura emocional de las palabras: no es que se crearan nuevos conceptos, sino que se les dio nuevo carisma. De igual modo, las revoluciones profundizaron la división entre Rusia y Europa occidental. Y las políticas emancipatorias (sobre todo las raciales y de género) son destellos que cobraron importancia, por vez primera, en el marco de las revoluciones. En suma, la obra de Clark, imagina la primavera de los pueblos no como un fracaso (en oposición al marxismo), sino como el momento cúspide decimonónico de una serie de innovaciones políticas, cuya influencia es vigente en los tiempos contemporáneos. Decantándose por un análisis de larga duración, el Regius Professor de Historia en Cambridge nos entrega un manuscrito crítico, con una interpretación novedosa de las revoluciones decimonónicas. La mayoría de sus premisas se sostienen en un arduo trabajo de investigación, que incluye fuentes primarias poco atendidas. Por ello, concuerdo con el señalamiento (hecho en la portada del libro, con motivo de una reseña de *The New York Times*) de que *Revolutionary Spring* se constituye como un gran logro histórico: no es el trabajo final sobre las revoluciones, pero sí el primer paso para reinterpretarlas y dimensionar su impacto al margen de la óptica marxista que las despreció por muchas décadas.

Benjamín Marín Meneses

UAM, Unidad Iztapalapa

benja_marin21@outlook.com

ORCID: 0000-0002-8131-8082